

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Ascensión

Por Robert Brooks

Parte I

Alarak se detuvo en la senda sombría entre los riscos negros. Sentía una picazón en todo el cuerpo. *Imposible*. Era apenas mediodía, y aun así había terracino en el aire.

Ahí estaba. En el risco occidental. Volutas de niebla púrpura —terracino— se desprendían de una grieta recién abierta que recorría toda la cara del risco. Seguramente un temblor había roto una veta de gas subterránea. Esa bendición no duraría demasiado. Alarak se internó en la bruma de terracino y levantó los brazos con las palmas hacia arriba para que el Aliento de la creación lo envolviera.

Le penetró la piel.

Fluyó por sus venas.

Le expandió la mente.

Lo acercó a Amón. Al dios oscuro.

Alarak sintió la voluntad de Amón, su resolución implacable, el latido de su corazón oscuro apenas por debajo de la piel frágil de este universo, un entramado de venas ondulantes en el Vacío que ya palpitaba de emoción. El último golpe maestro contra el ciclo de corrupción estaba por llegar. Alarak y el resto de los protoss elegidos, los Forjados —los tal'darim—, solo tenían que esperar un poco más.

La ascensión se acerca, prometía Amón.

Pero de pronto la niebla se disipó con la brisa. Las oleadas de dicha solo duraron unos momentos más.

Ya no habría más terracino hasta el atardecer. Con la caída del sol llenaría la atmósfera entera, como todas las noches. ¿Por qué? Era la voluntad de Amón. Todos los tal'darim de Slayn, cualquiera fuera su estatus, quedaban envueltos en Su gloria hasta que despuntaba el alba y Su don se desvanecía. Noche tras noche, todos los tal'darim eran iguales ante Su mirada oscura.

Pero no durante el día. Durante el día cada uno debía ganarse su lugar. Esa también era la voluntad de Amón.

Un par de botas pesadas aplastaron los fragmentos de roca rota a sus espaldas.

—Maestro Alarak. —Era su subordinada, Ji'nara, que se acercaba a él con cautela—. Te necesitan.

Era la Quinta ascendiente. Él era el Cuarto, un eslabón más arriba en la cadena de ascensión. Un día ella intentaría matarlo.

Pero seguramente ese día no era hoy, pensó Alarak. Ni siquiera se molestó en darse vuelta.

—Puede esperar —dijo.

Quería explorar la zona en busca de más vetas de terracino. *Si llegara a subir más durante el día...*

—No, no puede esperar —respondió ella—. Me envía el maestro Nuroka. Desea hablar contigo.

—Muy bien. —Como Cuarto ascendiente le debía a Nuroka, el Primero, la misma obediencia que a Amón—. ¿Dijo qué quería?

—Ha desafiado al Señor supremo Ma'lash y se enfrentarán en el *Rak'Shir* —explicó Ji'nara—. Uno de ellos morirá mañana.

El cañón quedó sumido en silencio. Alarak no mostró ninguna reacción, no hizo ningún movimiento. No podía. Era como si todos sus pensamientos se hubieran congelado en ese instante.

Imposible.

¿Estaría mintiendo? No. Absolutamente no. Ji'nara era astuta, no imprudente. Si estuviera mintiendo, Alarak la destriparía y arrojaría su cuerpo a los zoantiscos hambrientos. Varios subordinados ya habían sufrido ese destino, y ella lo había visto. Tenía que ser cierto.

—Interesante —fue lo único que dijo. Y ocultó sus demás pensamientos. Tal como ella ocultaba los suyos.

—¿Tú sabías?

Finalmente, Alarak se volteó para estudiar su expresión.

—Sí —dijo. Era mentira, por supuesto.

Rak'Shir. Hacía meses que no había uno entre los tal'darim de más alto rango. Los planes de Amón estaban tan cerca de concretarse... Y entonces todos los tal'darim alcanzarían la gloria en el nuevo orden de Amón. ¿Desafiar al Señor supremo en una lucha a muerte? ¿Ahora? Era una locura. *¿Por qué Nuroka haría algo así?*

Ji'nara lo miraba atenta. Las próximas palabras de Alarak determinarían su decisión de unirse al ritual.

La miró a los ojos.

—¿Pelearás mañana? —preguntó.

—Quizá —respondió ella.

—Seguramente va a ser entretenido. El Señor supremo Ma'lash nunca deja que sus retadores mueran rápido —dijo Alarak.

Hay que contener esta situación. Si muchos ascendientes se unen a la lucha —si mueren muchos líderes tal'darim—, el caos podría retrasar meses los planes de Amón. O décadas.

Alarak no ganaría nada con eso. *Si Ji'nara no participa, nadie por debajo de su rango se atreverá. No en un Rak'Shir tan inesperado.*

—Disfruta el espectáculo. Odiaría tener que matar a alguien tan capaz como tú — dijo con tono sombrío.

Ji'nara no mostró ninguna reacción. El único indicio de sus emociones fue un temblor casi imperceptible de los hombros por debajo de la armadura negra y angulosa.

—Entiendo —dijo llanamente.

Y era claro que decía la verdad. Ji'nara no pelearía mañana.

—El Maestro Nuroka te ordena que vayas a su cuartel —agregó.

—Muy bien —dijo Alarak, y la despachó con un gesto seco.

Ji'nara se fue sin decir una palabra más, pero mientras se alejaba lo miraba sobre el hombro. Hablaría. Eso era bueno. Alarak quería que los demás creyeran que se iba a presentar como combatiente. Pero no quería que supieran en favor de quién. Si estaban confundidos, mucho mejor.

Taparía la confusión que sentía por dentro.

Alarak abandonó el cañón por el mismo camino estrecho que lo había llevado hasta allí. No era lejos del puesto de avanzada tal'darim, pero le daría tiempo para pensar.

Las preguntas bullían en su cabeza. ¿Quiénes se unirían a la batalla? ¿Para quién pelearían?

Y, sobre todo, él... ¿a cuántos podría matar?

Parte II

La voluntad de Amón era muy simple.

Levántense. Más alto. Siempre más alto.

O caigan para siempre.

Alarak siempre había apreciado la claridad. Desde Amón partía la cadena de ascensión sagrada, y cada tal'darim era un único eslabón. Uno obedecía a los eslabones superiores. Y daba órdenes a los inferiores.

Simple.

¿Y si querías subir más alto? ¿Siempre más alto? Desafiabas al eslabón directamente superior. *Rak'Shir*. El más fuerte sobrevive, el eslabón más débil de la cadena se elimina, y el pueblo tal'darim se fortalece. Simple.

Claro que la simpleza nunca duraba. Cuando está en juego la vida, nada puede ser simple. Alarak también apreciaba eso.

En el *Rak'Shir*, había otros que podían luchar para ti. Muchos otros. No había límite. Cualquier cantidad de tal'darim, de cualquier rango, podían unirse a ti o pelear en tu contra. Algunos rituales habían sido duelos entre dos combatientes. Otros, habían tenido miles de aliados de cada lado. En esas peleas masivas, una vez contados los muertos, la Cadena sagrada quedaba con huecos enormes. En esos momentos, era posible subir cinco, diez o cien eslabones a la vez. De hecho, esa era la forma en que Alarak había escalado tan rápido. Hasta los elegidos de Amón eran susceptibles a la vanidad y el orgullo. Con un poco de incentivo, Alarak había convencido a muchos ascendientes superiores a él en la Cadena de entrar a un *Rak'Shir* sin dudarlos. Cuando supieron que, en realidad, él había arreglado todo para que cayeran ante un enemigo superior, ya era demasiado tarde.

La mayoría de los desafíos tenía un tiempo largo de gestación. Era fundamental saber que las condiciones eran propicias para garantizar la victoria. Normalmente, transcurrían meses de tensión e intrigas políticas mientras ambos bandos reclutaban a la mayor cantidad de aliados posible.

Pero esta vez no. No había tiempo.

Alarak sintió un escalofrío. ¿Ese era el plan de Nuroka? Tenía que ser. Nuroka tenía un gran talento para la estrategia. Hacía solo un mes, había demolido un puesto de avanzada del Dominio terran en un sistema cercano: había agujereado sus defensas tan rápido que los humanos no habían tenido tiempo de mandar una sola señal de auxilio antes de que las cuchillas rojas de los tal'darim encontraran el camino a sus gargantas.

Esta era la misma táctica. Un ataque al punto ciego del enemigo.

Yo soy el objetivo, comprendió Alarak. Su superior directo, el Tercer ascendiente Zenish, era un bruto sin ningún sentido de la manipulación. Sobre él estaba la Segunda ascendiente Guraj. Era astuta, demasiado astuta, pero incapaz de conseguir aliados. Prefería envenenar a las facciones contrarias y dejarlas pudrirse desde adentro, mientras ella los miraba atacarse inútilmente. Pero aquí, en la cima de la cadena, había pocas facciones para corromper: solo quedaban las ambiciones personales.

Entre los ascendientes, Alarak era el único que influenciaba y manipulaba a los aliados. Todos los demás con esas habilidades estaban muertos. Alarak se había ocupado de eso.

El camino estrecho que atravesaba el cañón terminó, y la grava blanquecina bajo las botas de Alarak se transformó en roca sólida, oscurecida por siglos de hollín y suciedad. También habían pasado siglos desde que las últimas junglas de Slayn se habían sofocado bajo la niebla nocturna de terracino. (Un precio insignificante a cambio de la bendición del Aliento de la creación, creía Alarak). Ante él, se alzaban los edificios de los tal'darim, fuertes e imponentes, el vivo reflejo de su predisposición para la guerra, absolutamente distintos de los monumentos banales de los Templarios. *Tontos, todos ellos*, pensó Alarak. Los tal'darim conocían el valor del dolor. El conflicto era la esencia de la vida. Solo los ignorantes trataban de suavizarlo con ciudadelas brillantes y un falso sentido de la unidad.

En pocos minutos, Alarak llegó al límite del puesto de avanzada. La tarde recién comenzaba. Muchos protoss inferiores se escabullían entre los edificios y sus pensamientos exaltados llenaban el área con un zumbido. Para ellos, este *Rak'Shir* era solo un entretenimiento. Sería el único tema de conversación hasta que terminara.

Alarak pasó por entre medio de ellos dando largos trancos. Le abrieron camino.

El cuartel del Primer ascendiente Nuroka no estaba lejos. La entrada daba a la calle; no había forma de entrar sin ser visto. Los demás verían a Alarak. Hablarían. *El Segundo y el Tercer ascendiente se enterarán de esta reunión.* Alarak se preguntaba si podría usarlo en su favor.

Una ola de calor y humedad envolvió a Alarak cuando entró por la puerta. El cuartel recreaba el clima del mundo donde había nacido Nuroka. El Primer ascendiente nunca había terminado de acostumbrarse al clima seco y riguroso de Slayn. La puerta se cerró detrás de Alarak. Se arrodilló. Nuroka no estaba en la habitación pero estaba cerca y había ciertas formalidades que era necesario mantener, aun en vísperas de un *Rak'Shir*.

—Sirvo y obedezco —dijo Alarak automáticamente.

—Llegas tarde —dijo Nuroka. Todavía no estaba en la habitación pero sus palabras se oían con claridad.

—Mis más sinceras disculpas, maestro.

—¿Has hablado con Guraj o Zenish hoy?

Alarak suprimió un chispazo de irritación. *¿Y tú?* Eso era lo que en realidad quería saber. ¿Ya había un arreglo? ¿Alguno de los dos —o ambos— se había comprometido con la causa de Nuroka? Sin esas respuestas, Alarak iría ciego al *Rak'Shir* de mañana. Pero no tenía sentido preguntar porque no confiaría en la respuesta.

—No —se limitó a decir Alarak.

Por fin, Nuroka ingresó en la habitación. Con la poca luz que entraba por las pequeñas ventanas del edificio, a Alarak le tomó un momento comprender lo que estaba viendo. El Primer ascendiente no llevaba la armadura tradicional de los ascendientes. Solo tenía un manto gris sencillo.

Un manto manchado con sangre fresca.

Alarak se puso de pie de un salto y encendió las cuchillas. *¡Asesinos!*

—¿Cuántos te atacaron? ¿Dónde están?

*Habían sido los nerazim. No podía ser de otra manera. ¿O habría sido el Señor supremo...?
¿Habría mandado a alguien a matar a su retador?*

—¿Yo te di permiso para ponerte de pie, Cuarto ascendiente? —Nuroka parecía divertido, no preocupado.

Durante unos momentos, lo único que se movió fueron las cuchillas de Alarak. Luego dejó que se apagaran y volvió a arrodillarse. El corazón, que le latía con fuerza, comenzó a serenarse.

—Mis disculpas, Maestro —dijo con cautela.

Nuroka lo hizo quedarse allí arrodillado más tiempo del necesario.

—Puedes ponerte de pie —dijo finalmente.

Alarak sintió cómo la irritación bullía en su interior. La dejó allí, bien enterrada, y se paró sin quejarse.

—¿Qué sucedió, Primer ascendiente?

—Necesitaba enviar un mensaje. —Nuroka se arremangó el manto, dejando al descubierto las heridas en carne viva.

—¿A quién?

—Al Señor supremo y a Amón.

Alarak mantuvo una expresión neutral. Las heridas de Nuroka eran rectas y parejas y dejaban ver los lugares de donde se habían desprendido los cuadrados de piel perfectos. No había indicios de vacilación en los cortes. *¿Nuroka se hizo esto a sí mismo?* Eso explicaba mucho. Nuroka había invocado un *Rak'Shir* tan inesperadamente porque se había vuelto loco.

—No, no me he vuelto loco —dijo Nuroka con frialdad.

Alarak se maldijo. *Esconde tus pensamientos, idiota!* Por lo menos no había un Khala que revelara sus emociones. Alarak no entendía cómo hacían los Templarios para soportar esa existencia.

—No entiendo, Maestro. ¿Qué estás haciendo?

Pequeños arroyos de la sangre azul de Nuroka gotearon al piso e impactaron contra el suelo con un golpe fuerte y húmedo.

—Mañana, quiero que todo quede claro. —Un ánimo sombrío teñía sus palabras—. Quiero desenmascarar al Señor supremo Ma'lash, aunque no vivirá para sufrir las consecuencias de sus actos.

Dejó que las mangas del manto cayeran nuevamente sobre sus brazos.

—Cuando era joven y aún estaba en los estratos más bajos, me grabé las palabras de Amón en el cuerpo. ¿Tú?

—No —respondió Alarak

—¿Por qué? ¿Dudabas?

—No —repitió Alarak. —Sencillamente, nunca había entendido esa costumbre, ni siquiera cuando era un devoto inferior. Había otras maneras de demostrar devoción por las enseñanzas de Amón.

Nuroka se pasó el dedo sobre las mangas, por el lugar donde le habían trinchado las palabras tantos años atrás.

—*Sírvanme y manden. El Día de la Ascensión, el ciclo de corrupción llegará a su fin. El Día de la Ascensión se elevarán sobre todos los amos.* ¿Recuerdas esas palabras?

—Por supuesto. Esas y todas las demás. *Levántense. Más alto. Siempre más alto...*

Los ojos de Nuroka se clavaron en los de Alarak.

—¿Entonces por qué crees que me las quitaría?

La herejía se sentía en el aire. Lo estaban llevando hacia allí.

—No sé —respondió.

—Porque el Día de la Ascensión que esperamos nunca llegará — dijo Nuroka—. Y es por eso que necesito tu ayuda. Mañana, gobernaré a los tal'darim. Y una vez que lo logre... me ayudarás a matar a Amón.

Parte III

Alarak se enorgullecía de su autocontrol, su paciencia, su temple. Por eso se sorprendió cuando se descubrió abalanzándose contra Nuroka con las cuchillas encendidas y dispuestas.

¿Qué haces?, preguntó su mente.

¡Mato al traidor!, vociferó su corazón.

Era la oportunidad ideal. Nuroka no tenía armadura ni armas a la vista, así que el Cuarto ascendiente preparó las cuchillas y...

Voló.

Se estrelló contra una de las paredes de la habitación con un estruendo ensordecedor y cayó al piso con fuerza, pero enseguida se puso de pie en actitud defensiva.

¡Idiota!, gritó su mente.

Esta vez su corazón no respondió. Nuroka estaba tres eslabones arriba de él en la Cadena sagrada. Solo los luchadores más temerarios podían llegar ahí. Y Alarak acababa de atacar a un superior fuera del *Rak'Shir*. Era uno de los delitos más graves para los tal'darim, uno que se castigaba con la muerte. Una muerte pública, horrible y prolongada. Y aun así, el cuerpo de Alarak temblaba con el esfuerzo que estaba haciendo para contener el deseo de cercenar la cabeza del Primer ascendiente por blasfemo.

Nuroka miraba con tranquilidad y esperaba. No tenía armas. No las necesitaba. Acababa de lanzar a Alarak de una punta a otra de la habitación con pura fuerza bruta.

Alarak relajó el cuerpo y dejó que sus chuchillas se apagaran.

—Te has vuelto loco —dijo.

—¿Cómo matarías a Amón? —preguntó Nuroka.

—Te has vuelto *loco*.

Nuroka lo ignoró.

—Dime cómo.

—Amón no puede morir —dijo Alarak.

Hereje desquiciado, pensó, pero para sus adentros. Entonces se dio cuenta. *Es una prueba*. No había otra opción. Nuroka no parecía loco. No, sus ojos no tenían ese toque. Lo que estaba haciendo era probar su lealtad de un modo extremo. Alarak se aferró a esa idea.

—Sería más fácil destruir todas las estrellas de la galaxia —dijo—. Amón nos da la vida. Comparte con nosotros el Aliento de la creación. ¿Qué seríamos los tal'darim sin su guía?

La mirada de Nuroka era fría e impávida.

—Libres. Sin Amón, seríamos *libres* —respondió.

—Libres para morir con los demás herejes. —La incertidumbre comenzó a colarse en los pensamientos de Alarak. Lo único que percibía de Nuroka era sinceridad—. A menos que creas que esos títeres templarios pueden hacerle frente.

¿Podía ser cierto...? No. era una prueba.

—Seremos libres cuando Amón triunfe. Seremos nuestros propios amos. Esa es la promesa de Amón.

La respuesta de Nuroka estaba llena de burla.

—¿Recuerdas los edictos del *Rak'Shir*? "*Derroten a sus amos o caigan ante ellos*"

—¿Por qué lo mencionas?

—Esas no eran las verdaderas palabras de Amón. Estaban reformuladas por Ma'lash y por todos los Señores supremos que vinieron antes que él. —Los ojos de Nuroka brillaban con un fulgor púrpura, del color del gas terracino—. Anoche, cuando subió el Aliento de la creación, me alejé tanto del velo que vi la verdad.

—¿Cómo?

—El Señor supremo Ma'lash una vez admitió que ni siquiera él conocía todos los secretos de Amón. Yo me interné en el Vacío. Quería conocer los pensamientos ocultos de Amón, quería ver al menos algo de la gloria que nos prometía.

El manto de Nuroka estaba cada vez más empapado de sangre, como si fuera ira lo que salía de sus heridas. Debía tener el corazón acelerado de tanta furia.

—Encontré más de lo que había imaginado. Amón ha bajado la guardia. Con la victoria al alcance de la mano, se ha descuidado. —Nuroka se acercó lentamente a Alarak—. Esto es lo que dijo Amón en realidad: *Derroten a sus amos o elévense sobre ellos*.

Alarak quedó inmóvil mientras Nuroka se le acercaba.

—Eso no significa nada.

—Para Amón la muerte no es un fracaso. Es su ideal más alto. Lo he visto en su corazón. — Los ojos de Nuroka centellearon—. ¿Qué nombre le puso a nuestra arena de duelos? Fosos de la Ascensión. Se *burla* de nosotros. Amón no celebra a los ganadores. Honra a los perdedores. *Ellos* son los que ascienden a Sus ojos. Nos obliga a destruirnos porque ese es Su plan para todos nosotros.

Alarak no dijo nada. Si Nuroka no lo estaba probando, necesitaba esconder bien sus verdaderos pensamientos.

Nuroka pareció percibirlos igualmente.

—No me crees.

Alarak respondió con cautela.

—Amón es indescifrable. Cuando tocaste Sus pensamientos, no viste la verdad. Tu mente no supo interpretar lo que vio.

—No había nada que interpretar. Estaba claro. La ascensión de Amón es nuestro fin. Su intención es borrar del universo todo lo que crearon los Xel'Naga. Nosotros incluidos. Quiere reducirnos a *todos* a polvo, junto con todos los planetas y todas las estrellas. Esa es su meta final. Y Ma'lash, ese idiota, lo sabe. —Nuroka acercó su cara a la de Alarak—. Tú no has tocado el corazón de Amón en lo más íntimo. No todavía. Pero piensa en lo que quiere:

ponerle fin al ciclo, ponerle fin a la *vida*. ¿Por qué reservaría un destino diferente para nosotros?

Alarak no tenía respuesta, así que cambió de tema.

—¿Qué dijeron Zenish y Guraj al respecto?

Un rayo de ira cruzó la mirada de Nuroka, que se alejó de Alarak.

—No les dije nada a ellos. No tienen imaginación. No son como tú.

Alarak no pudo ocultar el enojo en su respuesta.

—Yo tampoco sé cómo matar a Amón.

Nuroka se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la habitación, otra vez de cara a Alarak. La irritación del Primer ascendiente había desaparecido y parecía divertido.

—Por ahora.

—Ni ahora ni nunca —respondió Alarak.

—¿Qué se te ocurre? —insistió Nuroka—. Si tu supervivencia dependiera de la muerte de Amón, ¿cómo lo harías?

Alarak se encaminó a la puerta. Ya era hora de irse, hacía rato.

—Adiós, Nuroka. No creo que volvamos a hablar. El Señor supremo Ma'lash es mucho más fuerte que tú.

—Un paso más y te mato —Nuroka no movió un músculo, pero Alarak se detuvo de todas formas. Había una promesa helada en las palabras del Primer ascendiente—. Te estoy dando una orden directa. Dime cómo matarías a Amón.

Alarak consideró brevemente la posibilidad de desobedecer. Nuroka estaba desarmado pero era peligroso. Si luchaban ahora, él podía perder. Quizá.

—¿Puedo sentarme, maestro?

Ya habría tiempo mañana para matar. Nuroka señaló el suelo y Alarak tomó asiento frente a él.

—Me estás pidiendo lo imposible. Amón es parte del Vacío, matarlo es imposible.

La mirada de Nuroka no cedió.

—Matar, destruir, desterrar. Elige la palabra que más te guste. ¿Cómo harías para liberar a los tal'darim del yugo de Amón para siempre? Pero déjame aclararte algo —dijo antes de que Alarak pudiera responder—. Estoy hablando contigo porque sé quién eres en verdad.

Nuroka entornó los ojos, que se transformaron en dos ranuras brillantes.

—Sé lo que hiciste hace cuatro años. Cuando te convertiste en ascendiente.

Alarak se quedó inmóvil. Cuatro mil combatientes en un solo *Rak'Shir*. Ochocientos muertos. Él se había ocupado de que nadie se enterara de su participación. Nadie. Ni siquiera había participado en el ritual. Hasta donde sabía, nadie sospechaba que él había estado involucrado.

—No sé de qué estás hablando.

—Yo tampoco. Hasta anoche. Amón sabe perfectamente lo que hiciste —dijo Nuroka con una mueca—. Le pareció divertido. Cientos de nuestros mejores líderes muertos. Confusión en nuestra flota durante meses. Los propios planes de Amón retrasados. Pero no le importó. Y a ti tampoco. Ese día ascendiste por la Cadena *como un rayo*. Por eso eres el elegido para responder a mi pregunta. Los tal'darim ven la Cadena sagrada como un propósito santo. Tú la ves como un juego. Si llegaras a la cima, no te conformarías con servir a Amón. ¿Cómo lo derrocarías?

No podría. Pero la pregunta era fascinante. Desde un punto de vista hipotético, claro.

—Tendrías que ir al Vacío. Si efectivamente es posible matarlo, solo podrá ser allí. —Un lugar donde Amón era capaz de manipular la materia. Alarak no podía imaginarse que fuera posible sobrevivir tres pasos sin la bendición de Amón—. ¿Te das cuenta? Es imposible.

—Difícil, no imposible —dijo Nuroka—. Pero tendrás tiempo de encontrar la solución una vez que seas Primer ascendiente.

Después de una conversación tan extraña e inesperada, Alarak creyó que no habría más sorpresas. Se equivocaba.

—¿Qué?

—Cuando gane el ritual, seré Señor supremo. Necesito alguien con tus instintos para desafiar a Amón. Zenish y Guraj no sirven, así que los matarás. Si alguno de los dos sobrevive mañana, tú tendrás que desafiarlo. Yo seré tu aliado. No será difícil.

Alarak dejó ver su escepticismo.

—Podrían aliarse contra ti mañana. Si es así, no podré hacer nada.

Había solo tres comodines —Alarak, Zenish y Guraj— así que la lucha no sería pareja. Si los tres se unían al ritual, uno tendría que enfrentarse a los otros dos ascendientes. Una sentencia de muerte.

—Entonces haz un trato. No me importa cómo —dijo Nuroka—. Convéncelos de unirse a nosotros. Esa es tu especialidad.

El Primer ascendiente cerró los ojos con una expresión de satisfacción en el rostro. Se acomodó en una pose relajada que le permitiera empezar la meditación para la lucha del día siguiente.

—Y si eliges abstenerte de la lucha y yo sobrevivo, te mataré con mis propias manos. Y será una muerte que mereces hace mucho tiempo. ¿Me entiendes, Cuarto ascendiente?

—Entiendo. —No había nada más que decir.

Entonces déjame.

Alarak salió.

Una hora después se puso el sol y subió el terracino. Todos los tal'darim se bañaban en la gloria de Amón y se regocijaban en la promesa del ritual del ocaso. Alarak se movía en la noche pensando, planeando.

Decidiendo.

Parte IV

Transcurrió la noche. Se encendió el horizonte. El terracino se disipó. Y entonces, llegó el momento. Miles de tal'darim se reunieron alrededor de los Fosos de la Ascensión en completo silencio. Esperando.

La arena cubría un área extensa, tan grande que podría haber albergado una flota entera de portanaves. En cada extremo, había un enorme foso negro que llegaba hasta las profundidades, la última morada de los derrotados. Los que perdían en el *Rak'Shir* no dejaban de caer hasta llegar al núcleo de lava de este mundo, una travesía que parecía durar una eternidad.

Alarak llegó poco antes del amanecer. El Señor supremo Ma'lash levitaba cerca del foso oriental para reunir poder, tenía el rostro escondido detrás de la máscara de acero angulosa y despedía ondas y chispas de energía roja. El Primer ascendiente Nuroka estaba sentado cerca del foso occidental. Todavía no tenía armadura, solo su manto manchado de sangre. Los espectadores conversaban exaltados.

Ni siquiera Ma'lash pudo resistir la tentación de comentar.

—Qué pena. Me había entusiasmado con la idea de ser el primero en derramar su sangre.
—Se aseguró de que todos oyeran sus palabras—. Pero al menos el Primer ascendiente y yo compartimos un mismo deseo: los dos queremos verlo sangrar.

Entre los dos fosos estaban los únicos otros tal'darim que superaban a Alarak en rango: la Segunda ascendiente Guraj y el Tercer ascendiente Zenish. Los dos miraban a Alarak. Obviamente se habían enterado de que Nuroka lo había convocado la noche anterior y se preguntaban qué trato habrían hecho.

Alarak no respondió a sus miradas. Se movió hacia los espectadores con cuidado de mantenerse fuera de los Fosos de la Ascensión. Vio a la Quinta ascendiente Ji'nara y se ubicó junto a ella. Ji'nara pareció sorprendida.

—¿Vas a disfrutar del espectáculo? —le preguntó con acidez.

Él no respondió.

Alarak. Era Nuroka. No miró a Alarak y mantuvo sus palabras en privado. Nadie sabría que estaban hablando. *¿Qué haces?*

Alarak no dijo nada.

Cuarto ascendiente. Era una orden. *Respóndeme.*

Pero Alarak aún no dijo nada. El alba estaba por despuntar y él seguía fuera de la arena. Guraj y Zenish comenzaron a entender. Parecían estupefactos. Alarak no iba a participar en este *Rak'Shir*. El gran oportunista Alarak iba a dejar su suerte en manos de otros.

De la mente de Nuroka rodó una amenaza. *Te advertí lo que sucedería si me traicionabas, siseó.*

Por fin, Alarak respondió. *Yo no te prometí nada, no traicioné a nadie. No hablé con Guraj. No hablé con Zenish. No hablé con el Señor supremo.*

Manifiesta tu lealtad, Alarak. Ahora.

En respuesta, Alarak se sentó.

Nuroka estalló de ira. *¿Te aliarás con Amón? Él nos traicionó. Quiere vernos a todos muertos. ¿Tan idiota eres?*

No soy ningún idiota. Alarak se concentró en Guraj y Zenish. *Saben que hablaste conmigo. Saben que no hablaste con ninguno de ellos dos. Y por eso se dedicarán a frustrar tus planes. Yo no puedo derrotarlos a ambos, Primer ascendiente.*

Entonces ahora no tengo ningún aliado.

¿No? Preguntó Alarak.

Guraj y Zenish se medían en silencio. Zenish apretó los puños. Las piernas de Guraj comenzaron a adoptar una posición de combate. De a poco, empezaron a distanciarse.

Alarak se permitió regodearse con el éxito de su plan. Había acertado. Guraj y Zenish habían acordado unirse contra Nuroka no porque les importara el Señor supremo, sino por lo inesperado del desafío. Si se unían, tendrían más posibilidades de frustrar sus planes con Alarak.

Pero ahora...

Alarak no iba a participar. Sería una victoria fácil contra Nuroka. Una victoria fácil sin grandes recompensas. Solo subirían un eslabón de la Cadena sagrada. No moriría ningún futuro retador. Qué decepcionante.

Fue el Tercer ascendiente Zenish, el bruto, el flagelo de Slayn, el que rompió el trato.

—¡Yo estoy con Nuroka! —gritó.

—Patético —gruñó Ma'lash.

Guraj le dedicó a Zenish una mirada que prometía una muerte lenta. Después miró a Alarak. Se quedó inmóvil. Necesitaba decidir pronto. La costumbre dictaba que todas las declaraciones se hicieran antes de que el *Rak'Shir* comenzara al amanecer. Parecía indecisa. Podía abstenerse de la pelea directamente. Podía unirse a Zenish contra Ma'lash y obtener una victoria fácil. Pero ella era una ascendiente. Nadie llegaba a ese rango sin ambición. Y la ambición siempre superaba a la prudencia. Alarak contaba con eso.

Hoy, ambición significaba eliminar la mayor cantidad de amenazas posible. Después de todo, algún día Zenish intentaría matarla.

—¡Yo estoy con Ma'lash! —dijo.

Nuroka no demostró ninguna reacción. Ma'lash abrió bien los brazos.

—Mi servidora leal. Guraj, hoy alcanzarás la gloria —dijo.

El sol se asomó en el horizonte. Alarak seguía sentado. Y en silencio.

Nuroka le dedicó un último pensamiento vengativo. *Esto no es lo que habíamos acordado.*

Yo no me comprometí a nada, respondió Alarak. Y entonces llegó el momento.

Comenzó el *Rak'Shir*.

—Tu herejía termina hoy —dijo el Señor supremo Ma'lash.

Y se lanzó a la batalla. Los dos combatientes lanzaban contra su adversario potentes oleadas de energía psiónica que, al impactar, despedían rayos danzantes. En torno a ellos,

el suelo —las rocas y el metal oscurecidos por siglos de hollín y batallas eternas— comenzó a resquebrajarse y echar humo. Los espectadores tal'darim se vieron obligados a alejarse del calor.

Solo Alarak se quedó donde estaba, dejándose envolver por el humo. Hasta Ji'nara se había retirado. Zenish y Guraj todavía lo miraban. Todavía esperaban que se uniera a la batalla e ignorara las costumbres. Pero nada.

Finalmente, Zenish se dio vuelta y encendió sus cuchillas. Se abalanzó contra Guraj empuñando energía pura, proveniente del reino de Amón y forjada en una hoja que, según los antiguos maestros, podía cortar un planeta a la mitad. Ella esquivó su ataque en un solo movimiento.

Ahora sí había comenzado la pelea. El retador y el retado se lanzaban poder en bruto. Guraj y Zenish luchaban a su lado. En el *Rak'Shir*, los aliados no podían interferir directamente en el duelo, pero sí podían prestar su propio poder psiónico. Por eso los aliados eran tan importantes, para aplastar al oponente. Aún ahora, que cada contendiente tenía un solo aliado, Nuroka y Ma'lash asestaban golpes que explotaban en medio de la arena, mucho más destructivos de lo que cualquiera de los dos podría haber logrado solo.

Zenish era el campeón más fuerte, tanto en fuerza bruta como en potencia psiónica. Era evidente. Su poder, sumado al de Nuroka, estaba obligando al Señor supremo Ma'lash a retroceder un paso a la vez. La destreza de Zenish con las cuchillas también era notable. Con el codo derecho, golpeó a Guraj en la sien, y al mismo tiempo la atacó con la cuchilla izquierda, le perforó la armadura y llegó hasta la carne. Guraj saltó hacia atrás antes de que Zenish pudiera enterrarle la hoja. Cuando insistió, lo pateó en la cabeza.

Guraj ya estaba perdiendo. Eso también era evidente. Estaba dolorida. Herida. Y Zenish aprovechaba la ventaja sin piedad. Arremetió con las dos cuchillas preparadas a nivel de los hombros. Quería cortarle la cabeza y terminar con la lucha ahora.

Pero en el intento, dejó su torso expuesto.

Aunque estaba herida y en inferioridad de condiciones, Guraj seguía siendo muy, muy rápida. Se acomodó y se lanzó hacia adelante. Sus dos cuchillas se clavaron en el pecho de Zenish. Les dio un giro y las dos puntas brillantes asomaron por la espalda de su

contrincante. Zenish perdió las fuerzas y sus cuchillas se desvanecieron. Guraj lo mantuvo erguido, con las cuchillas aún clavadas, y lo miró a los ojos hasta que se apagó el último indicio de luz. Después arrojó el cuerpo a un lado. Despacio, volvió a meterse en el torbellino de energía para que nadie viera su dolor y su fatiga.

Y eso fue todo. Los espectadores tal'darim murmuraron aliviados. Había terminado. A Nuroka no le quedaba ningún campeón. El poder de Guraj sumado al de Ma'lash superaba ampliamente el suyo. El Primer ascendiente no retrocedió unos pasos: retrocedió a los saltos.

Nuroka había perdido.

—No te preocupes —dijo el Señor supremo Ma'lash—. Te dejaré mucho tiempo para que te arrepientas.

Alarak se puso de pie.

—No me sigas —le dijo a Ji'nara.

Ella se quedó mirando sorprendida cómo se internaba corriendo en la arena. Todos los ojos del público se clavaron en él. Alarak encendió sus cuchillas, dos hojas de poder rojas que chisporroteaban sobre sus muñecas, y sintió la oleada de sorpresa que recorrió al resto de los tal'darim.

Era costumbre manifestar las lealtades antes de la batalla, sí, pero *solo* era una costumbre. No era una ley de Amón. Ni siquiera era una ley de los tal'darim. Y Alarak eligió obviarla.

Guraj dejó que se acercara. A pesar de su sorpresa, se dio vuelta y encendió sus cuchillas en posición defensiva. Alarak no aminoró la marcha. Usó sus cuchillas para desarmarla, encarando la arremetida con el hombro. El impacto a toda velocidad hizo que Guraj perdiera el equilibrio. En ese momento, Alarak abrió su poder psiónico a Nuroka.

El Primer ascendiente gritó de felicidad y bebió con avidez del poder de Alarak. De pronto, Nuroka ya no estaba retrocediendo. El equilibrio de poder bruto era casi perfecto.

Aniquílala rápido, Alarak, y perdonaré tu... creatividad, dijo en privado.

Guraj estaba enfurecida. Se puso de pie con las cuchillas ya listas para el ataque. Alarak esquivó lo que pudo. Varios golpes le penetraron la armadura y le hicieron pequeños cortes. La concentración en evadir la ráfaga de ataques hizo que olvidara el dolor punzante.

La furia que sentía Guraj casi compensaba el cansancio cada vez mayor. Casi.

Sus movimientos eran cada vez más lentos. Estaba perdiendo resistencia. Alarak siguió eludiendo sus golpes, siempre a la defensiva. No había necesidad de forzar una conclusión rápida.

—Cobarde inmundo —dijo Guraj. Sabía cómo terminaría todo, pero no se rindió.

No llevó demasiado tiempo. Cuando le empezaron a flaquear los brazos, Alarak desarmó sus defensas y le penetró el torso con un golpe rápido. Guraj no rogó piedad. No mostró ninguna señal de dolor. La luz de sus ojos y la de sus cuchillas se extinguieron al mismo tiempo. Alarak no celebró. Tan solo la dejó caer donde murió.

Y ahora era el Señor supremo Ma'lash el que no tenía aliados. No podía hacer nada contra el poder de Nuroka y el de Alarak juntos.

Nuroka atacó al Señor supremo con una lluvia de descargas de energía y empujó al líder tal'darim cada vez más cerca de su perdición.

—Tú sabías, ¿no? —siseó Nuroka—. Tú sabías que Amón nos estaba traicionando. Tú sabías que él nos quiere a todos muertos.

Ma'lash no respondió. Levantó barreras de energía contra Nuroka, pero quedaban hechas añicos casi antes de llegar a formarse. Paso a paso, se vio forzado a retroceder hacia el foso oriental.

La arena de duelos era gigantesca. Pasó casi media hora hasta que el Señor supremo finalmente llegó al borde del foso. Alarak estuvo atento a Nuroka y Ma'lash todo el tiempo, con los ojos siempre fijos en los espectadores para ver si alguien seguía su ejemplo y se unía a la batalla de imprevisto. Vigiló especialmente a Ji'nara. Estaba sentada.

—Alarak, traidor —gruñó el Señor supremo Ma'lash—. No sabes los planes que Nuroka tiene para nosotros. Traicionará a Amón.

Ma'lash clavó los pies en el borde del foso oriental, la muerte abrió su boca negra para recibirlo.

—¡Amón nos traicionó primero! —aulló Nuroka y comenzó a acaparar poder—. Cuando yo gobierne, —se regodeó— seremos libres de Amón. Nos enfrentaremos a Él y...

Alarak no había dicho una sola palabra desde su ingreso a la pelea. Había sido una decisión deliberada. Y ahora tomó otra.

—¡Estoy con Ma'lash! —dijo, y le quitó su poder a Nuroka.

El golpe psiónico final del Primer ascendiente languideció. Con calma, Alarak le abrió su poder a Ma'lash, y el Señor supremo lo tomó sin dudarle para desatarlo en una ola potente que hizo retroceder ocho pasos a Nuroka.

—¿Qué? —rugió Nuroka mientras el Señor supremo avanzaba desde el borde del foso—. ¡No puedes cambiar lealtades durante el *Rak'Shir*!

—No, no puedo —respondió Alarak.

Esa sí era una ley de Amón: *Una vez manifestado, el vínculo solo puede romperse con la muerte o la victoria.*

—Pero yo nunca manifesté mi lealtad por ti. No dije nada. —Nadie en la historia había peleado en el *Rak'Shir* sin manifestar cuál era su bando, pero eso *no* era una ley. Era solo una costumbre. Y él había decidido obviarla—. Y ahora que me he manifestado...

—Ya no puede cambiar —dijo Ma'lash con una alegría oscura—. Tiene que servirme *a mí* hasta el final.

—No —susurró Nuroka—. Nos has condenado a todos.

—Señor supremo Ma'lash —dijo Alarak—. Los planes de Amón están tan cerca de concretarse... Nuroka arruinaría todo.

—¡No! —gritó Nuroka.

—Sí, es cierto. Has elegido con sabiduría, Alarak —respondió el Señor supremo—. Me tomaré mi tiempo para disfrutarlo.

Y no mentía. Ya se ponía el sol cuando Nuroka, con la mente quebrada y el cuerpo destruido, quedó suspendido sobre el foso. Ma'lash lo sostuvo allí, saboreando el momento final.

—Él sabe, Alarak —murmuró Nuroka—. El Señor supremo Ma'lash *sabe* que Amón nos está traicionando. Lo juro.

—Jura todo lo que quieras —dijo Alarak.

Nuroka lo había perturbado. Alarak sentía la pequeña semilla de la duda enterrada en el suelo firme de su fe. *Pero no dejaré que crezca*, pensó. Amón era el dios oscuro. Su voluntad era impenetrable. Su poder era glorioso. Sus promesas eran verdaderas. Alarak tendría que vigilar bien sus pensamientos para que no se colaran más incertidumbres.

El camino que debía seguir era claro. Hoy Alarak subiría varios eslabones en la Cadena sagrada y pronto el ciclo terminaría, los títeres caerían y él ascendería a la gloria de Amón.

Ya se extinguían las últimas luces del día cuando Ma'lash finalmente soltó el cuello de Nuroka. La gravedad se ocupó del resto. Algunos jirones del manto ensangrentado del Primer ascendiente quedaron flotando unos segundos y luego siguieron a su dueño.

Así terminó el *Rak'Shir*.

Parte V

—Eres astuto —dijo el Señor supremo Ma'lash—. Los sirvientes astutos me molestan. Quizá te mate ahora. A Amón no le importaría en absoluto.

Alarak permaneció arrodillado y no dijo nada. No habría ninguna otra ceremonia. No sería necesaria. A esta altura, todos los tal'darim ya se habían enterado del resultado del desafío de Nuroka. Ma'lash había ganado. Su aliado, Alarak, había inclinado la balanza y había subido tres eslabones en la Cadena sagrada.

Las amenazas del Señor supremo no significan nada, pensó Alarak. Habían muerto demasiados ascendientes, no iban a perder otro. Ningún ejército, ni siquiera el de los tal'darim, podía funcionar sin una cierta cantidad de subordinados experimentados capaces de obedecer órdenes.

—Dime, Primer ascendiente —continuó Ma'lash—. ¿Quieres gobernar algún día? ¿Quieres ser Señor supremo?

—No.

Era obvio que Ma'lash no le creía.

—¿Tu única ambición es servirnos a mí y a Amón? Qué reconfortante.

—El Día de la Ascensión todos nos elevaremos por encima de nuestros amos, Señor supremo —dijo Alarak.

—¿Entonces Nuroka no minó tu fe?

—En absoluto —dijo Alarak sin titubear.

—Todo lo que dijo eran puras mentiras —dijo Ma'lash.

—Por supuesto.

Al Señor supremo no le gustaba su tono.

—Tienes que entender una cosa, Alarak. Sentí toda la magnitud de tu poder en los Fosos de la Ascensión. Ya conozco tu verdadera fuerza.

Con un movimiento rápido, la mano del Señor supremo llegó a la cara de Alarak y le aferró las mejillas justo por debajo de los ojos. Ma'lash levantó a Alarak en el aire y lo sostuvo en lo alto como había hecho con Nuroka en el foso. Alarak no se resistió. Las palabras de Ma'lash llegaron con la fuerza de una lluvia de meteoritos.

—Desafíame y te aplastaré. Desafíame, y me rogarás que te dé una muerte tan rápida como la de Nuroka. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Bien. —Ma'lash lo soltó y las botas de Alarak golpearon contra el suelo—. Ya recibirás la recompensa que mereces el Día de la Ascensión. Tus nuevos deberes comienzan mañana. No serán agradables.

—Entiendo, maestro —dijo Alarak.

Y luego Ma'lash desapareció. Alarak todavía sentía la mano del Señor supremo comprimiéndole el cráneo. *Ahora yo he sentido su poder. Ahora sé perfectamente lo que tengo que hacer*, pensó.

Servir... prepararme...

y buscar a los campeones correctos...